

—¿Y si no?

—Si no, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Dos horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y ademas llevaba un recuerdo que no contaba hallar alli, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuená tan alto como el de Goethe y Walter-Scot. Habiale yo medido como aquellas montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavia de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginacion, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas hetratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, si no aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenzar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnífico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y asi no nos paramos en la posada mas que el tiempo para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnífico al dia siguiente, habia habido abundancia de viajeros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarinos lo conseguiriamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitia aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañía de su cicerone.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en camino inmediatamente. El camino que sale de la misma puerta de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron así por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado así por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solucion se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pie alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldau, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se extendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte pies de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, excepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstaculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró así siete dias, y por todas partes donde pasó, la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso, que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Ademas, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcán tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno, del que estuvieron á punto de haber sido víctimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran unacapa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra desleida pasa al estado de lodo. Estos sintomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caída del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un buque sobre el declive en que se le ha cons-

truido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese, á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en aleman, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para hacerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo que era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viagero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su juicio errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que alli probablemente se encontraria solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuáker, al oír la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creído que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido victima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso inci-

dente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirle al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabia con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegarse el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavia iluminados con una viva luz; por lo demas el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subia como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavia resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos pies mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol, se apagó, y cuando llegábamos al Staffel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pie en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viajeros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco menos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de viveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer enmedio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mi el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropia; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galanteria de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros estrangeros, no era mas que una especie de melodía bastante monótona, que á mi en particular me sugirió

una idea enteramente formidable, la de que si habia algun viagero perdido en la montaña, los sonidos de la trompa le indicarian su camino. Comunicó esta reflexion al que tenia mas inmediato á mi; era un inglés grueso que en tiempo ordinario debia tener aire bastante jovial, pero que en las circunstancias en que nos hallábamos, presentaba todas las apariencias de una profunda melancolia. Reflexionó un instante, despues le pareció que mis temores eran fundados, porque se separó de la sociedad, fué á arrancar la trompa de las manos del pastor que la tocaba, y se la bajó al posadero diciéndole:

—Amigo, guarda este instrumento para que vuestro mozo no alborote mas con él.

—Pero, milord, esto es costumbre, la música es grata á los viageros.

—En los tiempos de abundancia, será posible: pero nunca en tiempos de escasez;—y volviéndose á mi añadió: Estad tranquilo, ya le he hecho guardar su trompa de caza.

—A fê mia, milord, que creo que ya es tarde, pues si no me engaño descubro allá á lo lejos una especie de sombra que me parece otro recién llegado.

—¡Oh! exclamó el inglés. ¿Creeis eso?

—¡Toma! miradlo.

En efecto, á los primeros rayos de la luna vimos adelantarse á un jóven bastante desembarazado que se dirigia de propósito hácia nosotros, haciendo dar vueltas sobre su dedo índice á su palo de camino. A medida que adelantaba, iba yo descubriendo en él el verdadero tipo de comisionista viagero parisiense. Tenia un sombrero gris puesto bastante sobre las orejas, patillas y barba, corbata á la colin, gaban de terciopelo, y un pantalon á lo cosaco; esto, como se vé, es el traje de rigor. Al llegar á nosotros, acaso para probar su ciencia adquirida en el servicio de la milicia nacional, y su vocación natural por los primeros papeles de la epera cómica, se detuvo á diez pasos de nosotros, tomó su palo á guisa de fusil, y comenzó á mandar y obedecer al mismo tiempo.

—¡Al hombro! ¡presenten! *salutem omnibus*. Buenos dias á todo el mundo; ¿y qué hay de nuevo?

—Lo que hay, mi querido compatriota, contesté yo, es que si llegais con el secreto de la multiplicacion de los panes y de los peces, habreis hecho bien en quedaros en Wegghis.

—¡Bah, bah! cuando hay para tres hay para cuatro.

—Si, pero cuando hay para cuatro, no hay para veinte y ocho.

—Tanto peor, á fê mia; en la guerra como en la guerra; una vez en Lucerna no he querido irme sin ver el Righi; únicamente como no habia guia en el pueblo, he venido enteramente solo. Ya me conocen los montes, como que soy de Montmartre; sin embargo,

como es de noche, creo que me habria perdido á no oír el sonido de la trompeta vuestra.—¿Sois vos, buen señor, el que soplabais en la máquina? continuó dirigiéndose al inglés.

—No, señor, no, no ser yo.

—Perdonad, milord, es que teneis traza de tener excelente respiracion.

—Es posible, pero no soy aficionado á la música.

—Haceis mal, porque la música dulcifica las costumbres.—¡Hola! ¡ah de casa! ¿qué tenemos para cenar? ¡hola! ¡hola! y se entró en la posada.

—¡Qué alegre es ese amigo vuestro! me dijo un alemán que no habia hablado todavia.

—Perdonad, pero este jóven no solo no es mi amigo, sino que ni aun le conozco: es un compatriota y nada mas.

—Decid, ¿qué manera es esta de ayudarme á buscar? interrumpió el recién llegado saliendo á la puerta con la boca llena mordiendo una tostada con mantea.

—No reparéis en esto, milord, añadió volviéndose al inglés, lo que yo cómo no perjudica á nadie, es una tostada que he hallado en la alacena, y que el ladron del posadero reservaba para su cara mitad; felizmente que yo he ido á dar un vistazo por la cocina.

—¡Y bien! y ¿qué noticias traeis? le dije.

—Tenemos lo preciso para no morir de hambre (el inglés dió un suspiro).

—Parece que milord tiene buen apetito.

—¡Un hambre del diablo!

—Entonces, dijo el comisionista viagero, pido á la sociedad el permiso de hacer partes para que haya comida para todos; yo en estas circunstancias sé repartir un huevo pasado por agua entre cuatro.

—Estos señores y señoras ya tienen la comida lista, gritó el posadero.

El posadero habia echado el pecho al agua. La sopa no habia llegado á adquirir proporcion con los convidados para que hubiese para todos, y la carne se perdía en un bosque de peregril: sin embargo, el comisionista, que en calidad de trinchador se habia sentado en medio de la mesa, supo dividir con tanta habilidad, que todos tuvimos bastante para ver que no valian un bledo la sopa y la carne.

Luogo nos presentaron el asado con cuatro platos. El primero se componia de huevos en tortilla, el segundo de huevos duros, el tercero de huevos estrellados, y el cuarto de huevos revueltos. El asado consistia en veinte pajaritos y mi ánade. Este fué dividido en ocho pedazos por el comisionista, que equivalian á otros ocho pajaritos, y pasando el plato al inglés nos dijo: Señores y señoras, cada uno que tome un pajarito ó un pedazo de ánade, á su eleccion; el pan á discrecion. El inglés tomó dos pajaritos.

—Decid, señor milord, dijo el comisionista, si todo el mundo hace como vos, no habrá

mas que para la mitad de la mesa. El inglés hizo como que no comprendia.—¡Bravo! ¿con que no entiendes el francés? dijo el comisionista haciendo una bolita de miga de pan del tamaño de una avellana, y colocándola entre el pulgar y el índice, como los chicos que juegan á las bolas.—Aguarda, voy á hablarte en tu lengua.—¡Goddem! sois un buitres;—y disparó la bolita de pan, que fué á pegar derecha en las narices del milord.

El inglés alargó la mano, cogió una botella, como para servirse de beber, se la tiró á la cabeza al comisionista, que aguardándose ya aquella respuesta, la cogió al aire como hace un escamoteador con una naranja.

—Gracias, milord, le dijo: en este instante tengo mas hambre que sed, y mas hubiera querido que me hubiéseis enviado vuestro pajarito que vuestra botella: sin embargo, no quiero negarme al brindis que me ofrecéis.—Y vertió algunas gotas de vino en su vaso ya lleno.

—Brindo por el placer de encontraros en otro parage donde no seamos mas que cuatro en vez de veinte y ocho, y donde en lugar de botellas de vino, podamos enviarnos balas de plomo á la cabeza.

—Con la mayor satisfaccion, respondió el inglés, levantando el vaso y apurándolo hasta la última gota.

—Vamos, señores, vamos, dijo entonces uno de los comensales, basta de esto, que hay señoras delante.

—¡Toma! dijo el comisionista: ¡tenemos otro compatriota!

—Os equivocais, señor mio, no tengo ese honor, soy polaco.

¡Bueno! el ser polonés.

Lo mismo es que ser francés.

—¿Quién quiere tortilla? Y el comisionista viagero se puso á dividir la tortilla en veinte y ocho partes, con el mismo desembarazo que si nada hubiese pasado.

Hay una cosa muy notable; todos los pueblos tienen desafío; pero en ninguno se propone y acepta tan ligeramente como en Francia, ni se sale al campo con mas indolencia. Coger la espada ó la pistola es un asunto serio para todos; pero para un parisiense es motivo de broma. Veis dos hombres que se pasean por el bosque de Vincennes, á cincuenta pasos uno de otro; el uno tararea un aria de la *Cenerentola*; el otro hace apuntaciones en un librito de memorias. Creeis que el primero es algun amante que espera alguna cita, y el segundo un poeta que busca consonantes; pues no: aquellos dos señores aguardan á que decidan sus amigos si se han de dar de estocadas, ó si se levantarán la tapa de los sesos. En cuanto al modo no les concierne á ellos; este es negocio de los testigos. En esto no hay acaso un gran valor; pero á lo menos hay un gran desprecio de la vida.

Es que tambien hace cincuenta años que todos hemos visto la muerte tan de cerca y con tal frecuencia, que nos hemos acostumbrado á ella: nuestros abuelos la han desafiado sobre los cadalsos, nuestros padres en los campos de batalla, y nosotros en las calles: puede decirse que las tres generaciones han ido delante de la muerte cantando. Esto depende de que hace un siglo hemos tocado el fondo de todas las cuestiones sociales y religiosas. Nosotros nos hemos hecho tan escépticos en política, que ya no hay medio de creer en la conciencia; somos tan sábios en anatomía que no hay medio de esperar en el alma. De aqui resulta que no teniendo la vida creencia, ni la muerte terror, lejos de ser un castigo la muerte, se convierte á veces en una libertad.

Pero no nos hallábamos aqui en este caso, y nos hemos dejado arrastrar de generalidades fuera de toda situacion individual. Mr. Alcides Jollivet, este es el nombre de nuestro comisionista viagero, tal vez no habia examinado jamás la vida por este desengañado aspecto. Lejos de eso, parecia que la Providencia le habia concedido una existencia de algodón y seda, y cual si temiera verla terminar de una manera imprevista, queria aprovechar los instantes que le quedaban, y su alegría y jovialidad se habian aumentado de una manera sensible despues de la disputa. En cuanto al inglés, al contrario, se habia puesto mas sombrío, y su mal humor se mostraba especialmente contra el plato de huevos revueltos que tenia delante, que casi completamente habia devorado. Además, cuando nos sirvieron los postres, que magestuosamente se componian de ocho platos de nueces y tres de queso, se convenció de que ya no habia que aguardar otra cosa mas, se levantó de la mesa y desapareció.

Diez minutos despues entró el posadero á decirnos que no habia camas mas que para las señoras; pero el inglés traidoramente se habia escurrido en la primera cama que halló, de manera que fué forzoso que dos señoras durmiesen juntas. Jollivet propuso que echásemos un cántaro de agua fria en la cama del inglés; pero la muger del alemán y su hija le detuvieron, diciéndole que ellas tenian la costumbre de dormir en una misma cama.

Así que las señoras se hubieron retirado vino á mí el comisionista viagero diciéndome.

—Cuento con vos, por que ya debeis calcular que esto no es cosa concluida.

—¡Bah! respondí yo, es preciso esperar que esto no tendrá consecuencia.

—¡Qué consecuencias! aunque no fuese más que por amor propio nacional. ¡Oh! no sabeis cuanto detesto yo á los *goddem*. Ellos han hecho morir á nuestro emperador, Así jamas he querido yo viajar por Inglaterra por cuenta de casa alguna.

—¿Y esto, por qué?

—Escuchad, si os es lo mismo, subiré á mi cuarto á decir dos palabras á mi mugercita.

—¿Sois casado?

—¿Casado? Vaya, vaya.

—¡Muy bien!

—Mirad, cuando volvais dad tres golpes en el techo con el palo de viage y bajaré.

—¡Bien! Dejadme solo el tiempo de arreglarme un poco.

—¡Bah! estais asi bien.

—Querido amigo, hay ciertas proposiciones que no pueden hacerse sin ir con camisa de chorrera y guantes blancos.

—Teneis razon, que todo os salga bien. Y no cedais ni un paso, ni retrocedais una pulgada. Una satisfaccion ó una bala.

—Perded cuidado....

Me vesti pensando en aquella singular mezcla de espresiones vulgares y de elevados sentimientos. Ese tipo, que en vano se buscaria en cualquier otro pais, y que es tan comun en Francia, me era ya conocido: pero jamás me habia puesto al alcance de estudiarlo tan de cerca. Desde este momento á mas del interés real que me inspiraba aquel valiente joven, tenia cierta curiosidad de anatomista. El autor dramático es como el médico, en todas las cosas ve el lado artistico á pesar suyo, y al mismo tiempo que el alma se interesa, tambien á su pesar su talento estudia. Triste, es, sin duda, decirlo, pero en uno y en otro hay seca una parte del corazon; en el médico la que toca á la ciencia, en el poeta la que toca á la imaginacion.

Encontré al alemán en la posada del Aguila; habia dado su palabra, y en general las gentes de su nacion no se vuelven atrás; me acompañó á ver al inglés.—En la posada de la *Balanza*, preguntamos por sir Roberto, nos dijeron que estaba en el jardin, entramos en él. Apenas habiamos andado veinte pasos cuando lo encontramos en una calle. Ejercitábase en el tiro de la pistola, su criado cargaba las armas. Nos acercamos á él lentamente y sin ruido, y llegados á diez pasos de distancia nos paramos. El inglés era muy fuerte en el manejo de la pistola; acertaba á una oblea pegada en la pared á veinte y cinco pasos de distancia.

—¡Cristo! murmuró el alemán.

—¡Diablos! exclamé yo.

—Perdon, señores, dijo sir Roberto, no os habia visto, estaba ejercitando mi mano.

—No la teneis, mal por los últimos tiros que acabais de disparar.

—No, no, yo estar bastante contento.

—Celebramos el encontraros en tan feliz disposicion, asi concluiremos mas pronto el negocio que nos trae.

—Si, si, venis por lo de la botella, ¿no es esto? Muy bien; muy bien, os esperaba.

—Entonces, señor mio, no será larga la negociacion.

—No, será muy corta. Vuestro camarada desea batirse y yo tambien.

—Entonces, señor mio, enviadnos vuestros testigos, pues convenidos en el punto principal, ya no hay mas que arreglar las armas, lugar y hora.

—Si, si; á las siete estaran mis testigos en vuestro cuarto.

—Está bien, hasta la vista.

—Adios.—John, vuelve á cargar las pistolas, y antes de salir del jardin, teniamos la prueba de que milord continuaba su ejercicio.

—¿Sabeis, dije á mi compañero, que nuestro adversario tira muy bien la pistola?

—Ya, respondió el alemán.

—Quisiera tener pistolas de tiro, para ver al menos lo que sabe hacer nuestro hombre, vamos á casa de un armero, quizá las hallaremos.

—Yo tengo, respondió el alemán.

—¿Y son buenas?

—De la marca de *Kuchensister*.

—Perfectamente, vamos á buscarlas.

—Vamos.

Volvimos á la posada del Aguila, el alemán sacó de su caja las pistolas, eran buenas; ademas, el nombre del autor estaba escrito en letras de plata; incrustadas en el cañon á un lado.

—Ya os conozco, dije probando los gatillos; no sois tan brillantes como nuestros jugetes de Paris, ni tan delicadas como vuestras hermanas de Lóndres; pero sois buenas y seguras, y con tal que la mano que os apunta no tiemble, encajais una bala tan lejos y tan recta como si hubiéseis salido de los talleres de Versalles ó de las fábricas de Manchester. ¿Me permitis que me las lleve? pregunté al alemán.

—Podeis hacerlo.

—Hasta mañana á las siete.

—Hasta mañana.

Regresé á la posada bastante alarmado. El asunto se iba volviendo sério. El inglés habia estado tranquilo, digno y cortés. Era evidente que era un hombre que no solamente se batia, sino que tambien sabia batirse. La ofensa era reciproca, por consiguiente no le tocaba á él elegir ó rehusar las armas; la suerte debia decidirse, y si la suerte decidia que las armas fuesen pistolas, yo no veia probabilidad en favor de mi pobre compatriota. Hallábame de pie delante de la mesa, dando vueltas y revueltas á los *Kuchensister*, sin poderme decidir á hacerle bajar. En fin, quise probar si eran tan buenas como con las que yo habia comenzado mi educacion; cargué las dos, y como mi ventana daba al jardin, apunté á un arbolillo á unos veinte pasos lejos, y, disparé.... la bala arrancó un pedazo de corteza.

—¡Bravo! dijo una voz que salia de la ventana que habia encima, y reconocí á Jollivet: bravo, bravísimo, y se descolgaba de su balcon para llegar al mio.

—¿Qué demonios haceis?

—Tomo el camino mas corto.

—Pero vais á romperos la cabeza, querido amigo.

—¡Yo! no soy tan niño; sé gimnástica, y me aprovecho de ella.

Al decir esto soltó la barra de hierro con que se sostenia, solo con una mano, y cayó en mi balcon.—Vedme aqui y sin balancin.

—Por vida mia, que me causais miedo.

—¿Y eso, por qué?

—Porque sois un niño travieso y nada mas.

—¡Bah! en la ocasion seré hombre, perded cuidado. Y bien ¿qué hay de nuevo?

—He visto á nuestro inglés.

—¡Ah!

—Se batirá.

—Tanto mejor.

—Lo hemos encontrado en el jardin.

—¿Y qué hacia allí? porque ha pasado el tiempo de la fresa.

—Tiraba la pistola.

—Es una diversion como cualquiera otra.

—¿No me preguntais cómo tira?

—Mañana lo sabré.

—¿Y vos? veamos, tomad esta pistola que está cargada.

—¿Para qué?

—Para que yo vea lo que sabeis hacer.

—No paseis pena por eso, si nos batimos tiraré bastante cerca para no errarle.

—¿Con que estais muy decidido?

—Ya empezais á estar pesado.

—Bueno, no hablemos mas de esto.

—¿Y á qué hora?

—A las ocho, poco mas ó menos.

—Cuando me llamáreis bajaré, entretanto me vuelvo á mis amorios.

Y al decir estas palabras se puso á trepar como una ardilla por el ángulo de mi ventana, y volvió á subir al balcon entrando en su cuarto.

Empleé el resto de la tarde en proporcionarme espadas y en prevenir un cirujano. Francesco se encargó por su parte de tener lista una lancha, y la alquilé para todo el dia. Al dia siguiente á las siete, el alemán estaba en mi cuarto, venian detrás de él los testigos de sir Roberto. Como yo lo habia previsto, se determinó que la suerte decidiese sobre las condiciones del desafio, y propúsose para sitio del combate una isleta inhabitada del golfo de Kussnach. Arreglados estos preliminares se retiraron aquellos señores.

Llamé á Alcides como habiamos convenido dando con mi palo en el techo: Alcides respondió con el talon de su bota, y cinco minutos despues bajó. Se habia tambien vestido con esmero, porque habia oido lo que le dije el dia anterior, y quiso probarme que no lo habia olvidado; desgraciadamente su traje no estaba bien elegido para la ocasion en que iba á servirle. Llevaba un fraque con botones de metal cincelado, unos pantalones rayados, una corbata de seda negra y el cuello blanco.

—Vais á volver á subir á vuestro cuarto y mudaros enteramente de vestido.

—¿Y eso, por qué? Todo es nuevo, flamante.

—Si, estais elegante, pero las rayas del pantalon, los botones de vuestro fraque y el cuello de vuestra camisa, son otros tantos blancos que es inútil presentar á vuestro adversario. Poneos si teneis un pantalon oscuro, una levita negra, y meted dentro el cuello de la camisa.

—Si, todo eso tengo; pero me voy á retrasar mucho.

—Tranquilizaos, nos sobra el tiempo.

—¿Y en dónde vá á ser el lance?

—En la isleta de Kussnach.

—Dentro de un instante vuelvo á bajar.

En efecto, cinco minutos despues volví con el vestido indicado.

—Ya estoy aqui dijo: trage completo de un conductor de coches fúnebres, no me falta mas que una gasa en el sombrero; pero no vale la pena de retardar el viage por eso: vamos, que no quisiera por nada en el mundo llegar el último.

La lancha estaba á cincuenta pasos de la posada, y los barqueros no aguardaban mas que á nosotros, el cirujano ya estaba á bordo. Apenas estuvimos en el lago vimos la lancha de sir Roberto á unos quinientos pasos delante de nosotros.

Un Luis de gratificacion, dijo Jollivet á los barqueros, si llegamos á la isla antes que aquella barca.

Dobláronse los barqueros sobre sus remos, y la barquilla se deslizó por las aguas cual una golondrina: la promesa hizo milagros: llegamos los primeros.

Era una isleta de casi setenta pasos de longitud, en medio de la cual el abate Reynal, en uno de sus accesos de libertad filosófica, habia hecho levantar un obelisco de granito para consagrar la memoria de los patriotas de 1308. Primero habia solicitado de los magistrados de Unterwalden erigir aquel monumento en el Grutti; pero le dieron las gracias y le dijeron que era inútil, por que la memoria de sus antepasados no corria riesgo de perderse entre sus descendientes. Habia, pues, contentado con la isla de Kussnach, y allí habia hecho levantar su monumento, atravesado para mayor solidez con una barra de hierro. Desgraciadamente esta precaucion que debia eternizar el monumento, fué la causa de su ruina. Atraído por el hierro, un rayo hizo pedazos algunos años despues el obelisco.

No podia cogerse un lugar mas á propósito para la escena que se preparaba. Era una lengua de tierra mas larga que ancha, en medio de la que se hallaban los restos del monumento del abate Reynal, solitaria enteramente, porque en las crecidas del lago, causadas por el deshielo de las nieves, el agua la cubria enteramente.

Acababa yo de examinarla en todas sus partes, cuando llegó la barca del inglés. Se quedó á la orilla del lago sir Roberto, y sus

testigos se adelantaron hácia nosotros: di un paso para salirles al encuentro; pero Jollivet me detuvo por el brazo. Hice señas al alemán de que al momento iba á donde él estaba, y se adelantó en consecuencia á recibir á aquellos señores.

—Una palabra sola, dijo Jollivet.

—¿Cuál?

—Prometedme que si la suerte nos concede la facultad de arreglar las condiciones del combate, aceptaréis las mías, estas serán las de un hombre que no tiene miedo: estad tranquilo.

—Os lo prometo.

—Marchaos ya.

Adelantéme hácia nuestros adversarios. Sir Roberto les habia prohibido espresamente hacer concesion alguna, de modo que no tuvimos que ocuparnos mas que de los preparativos del combate. Echamos una moneda de cinco francos al aire. Aquellos señores eligieron pistola si salia cara; nosotros espada si salia cruz; la pieza quedó de cara y se adoptó la pistola.

Echóse segunda vez al aire la moneda para saber si se valdrian de las pistolas del inglés, que le eran familiares, ó de las del alemán, que ni uno ni otro habian visto nunca; la suerte favoreció tambien á nuestros contrarios.

En fin, apelóse por tercera vez á la suerte para saber á quién tocaba fijar las condiciones del combate, y la suerte nos fué favorable. Fui á buscar á Jollivet.

—Os batis á pistola, le dije.

—Muy bien.

—Sir Roberto tiene el derecho de elegir sus armas.

—Me es igual.

—Ahora os toca fijar el modo de batirse.

—¡Ah! dijo Jollivet levantándose. ¡Bien! en ese caso vamos á reirnos. Quiero,—puedo decir quiero, porque me habeis dado vuestra palabra—quiero que marchemos el uno contra el otro con una pistola en cada mano, y que la disparemos á discrecion.

—Pero mi querido amigo....

—Estas son mis condiciones y no aceptaré otras.

Nada tenia que decir; yo habia comprometido mi palabra. Trasmittí mi mision á los testigos de sir Roberto. Fueron á decirselo. Despues de algunas palabras volvió uno de ellos. Sir Roberto acepta, dijo. Saludámonos recíprocamente.

Fui á buscar las pistolas á la barca y las traje; comenzaba ya á cargarlas cuando Jollivet me cogió por el brazo:

—Dejádselas cargar á nuestro amigo el alemán; tengo que decirnos dos palabras.

Para esto nos separamos un poco.

—No tengo á nadie en el mundo, y si soy muerto, por consiguiente nadie me llorará, si no es una pobre muchacha que me ama con todo su corazón.

—¿La habeis escrito?

—Si, aqui está la carta. Si soy muerto, haced que llegue á sus manos; si salgo herido y no pueden trasportarme á Lucerna, id á buscarla vos mismo, y enviádmela á donde me halle.

—Es decir que vive en esta ciudad.

—Es Catalina, la hija del ama de la posada. La tengo dada palabra de casamiento, y entretanto la pobre muchacha.... ya me comprendéis.

—Se hará lo que queráis.

—Gracias. Vamos, ¿estamos ya listos, angelitos?

Me volví hácia nuestros adversarios, que aguardaban ya.

—Yo creo que si, respondi.

—Venga la mano, me dijo Jollivet, y me la apreté.

—Sangre fria.

—Perdéd cuidado.

En aquel momento se acercó á nosotros el alemán con las pistolas cargadas. Llevamos los dos á Alcides Jollivet á la estremidad de la isleta, y viendo que los padrinos de sir Roberto ya se habian separado de él, nos volvimos á colocar enfrente de ellos, dejando á los dos combatientes á cincuenta y cinco pasos de distancia uno de otro; nos miramos para ver si podía darse la señal, y viendo que nada se oponia á ello, dimos tres palmadas, y al tercer golpe los adversarios se pusieron en marcha.

Seguramente una de las sensaciones mas agudas que se pueden experimentar, es la de ver á dos hombres llenos de vida y de salud, que debieran vivir todavia largos años, que se adelantan el uno contra el otro llevando la muerte en cada mano. En semejante circunstancia el papel de actor es yo creo menos penoso que el de espectador, y estoy seguro que el corazón de aquellos hombres que de un momento á otro podia cesar de latir, se hallaba menos violentamente oprimido que el nuestro. Mis ojos se hallaban clavados como por fascinamiento en aquel jóven, que el dia antes miraba solamente como un calavera de bastante mal gusto, y por quien me interesaba en aquella hora como por un amigo. Habíase echado sus cabellos hácia atras; su cara habia perdido aquella espresion burlona que le era habitual; sus negros ojos, cuya hermosura solo entonces reparé, estaban clavados atrevidamente en su adversario, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes violentamente apretados. Su andar habia perdido su modo vulgar; iba derecho y con la cabeza erguida, y el peligro le daba una poesía que nunca habia sospechado yo en él. El espacio que los separaba iba desapareciendo; ambos llevaban el paso mesurado, igual; ya no se hallaban mas que veinte pasos el uno del otro. El inglés disparó su primer tiro. Sobre la frente de Jollivet pasó una cosa cual una nubecilla,

pero no por esto dejé de andar. A quince pasos tiré el segundo pistoletazo el inglés, y aguardó. Alcides hizo un movimiento, cual si se tambalease, pero siguió siempre adelante. A medida que se iba acercando, su pálido rostro tomaba una espresion terrible; al fin se detuvo á una vara de su enemigo: pero no creyéndose bastante cerca, dió todavia un paso mas y luego otro.

Era imposible soportar aquel espectáculo.

—¡Alcides! le grité: ¿vais á asesinar á un hombre? tirad al aire, ¡voto á Dios! ¡tirad al aire!

—Esto es muy cómodo de aconsejar, respondió el viagero comisionista, desabrochándose la levita, y enseñando su pecho ensangrentado. Vos no teneis como yo dos balas en el cuerpo.

A estas palabras alargó el brazo, é hizo saltar la tapa de los sesos al inglés á boca de jarro.

—Me es igual, dijo entonces sentándose sobre una de las ruinas del obelisco, creo que tendré para rascar algun tiempo, pero al menos he dado pasaporte para la eternidad á uno de esos picaros ingleses que han hecho morir á mi emperador....

PONCIO PILATO.

Sir Roberto quedó muerto en el acto. Se habia trasportado á Alcides Jollivet á Kussnach: yo habia ido á Lucerna para prevenir á Catalina, y seguro de que iba á tener el enfermo quien le cuidase mejor y aun mas eficazmente que yo, alejéme en mi barca que el viento impelia hácia la estremidad opuesta del lago donde se habia verificado el duelo. Nada podia separar de mi memoria de lo que habia sido testigo por la mañana, do quiera que se fijasen mis ojos no veia mas que circulos de sangre. Francesco y yo guardábamos silencio, cuando uno de los barqueros dijo de improviso á su compañero:

—¿No te habia dicho que le sucederia una desgracia?

—¿A quién? dije yo estremeciéndome.

—Al inglés.

—¿Cómo podeis pensar eso?

—¡Oh! ¿veis? eso nunca falta.

—¿El qué?

—Cuando se ha visto el Poncio-Pilato, mirad.

Lo miré.

—Si, si. El inglés ha querido subir al monte el viernes, apesar de todo cuanto se le ha

dicho, porque los ingleses son gentes que no creen en nada.

—Adelante, ¿y qué?

—Se ha encontrado con el *maldito* vestido de juez como acostumbra todos los viernes.

—¿Estais loco, amigo mio?

—No, no está loco, dijo seriamente Francesco, lo que ha dicho es verdad; pero estais obligado á creerlo.

—Tal vez lo creeria si lo comprendiese; pero no lo comprendo.

—¿Sabeis cómo llaman á ese monte rojo y descarnado que tiene tres cumbres en memoria de las tres cruces del Calvario?

—Se llama el Pilato.

—¿Y de donde le llaman asi?

—De una palabra latina: *Pilatus*, que quiere decir peinado, porque teniendo siempre nubes en su cima, parece que lleva la cabeza cubierta: además está comprobado muy bien por el proverbio que os he oido á vos mismo decir esta mañana cuando os he preguntado qué tiempo tendríamos.

Si Pilato se pone el sombrero
Hará un tiempo hermoso y sereno.

—No señor, no estais bien enterado, dijo el barquero.

—Entonces, ¿de dónde le viene ese nombre?

—De que sirve de sepulcro al que condenó á muerte á Cristo.

—¿A Poncio Pilato?

—Si, si.

—Vamos pues, el P. Brottier dice que está enterrado en Viena, y Flaviano que ha sido arrojado al Tiber.

—Todo eso es verdad.

—¿Luego entonces hay tres Pilato?

—No, no: no hay mas que uno, siempre el mismo, únicamente que viaja.

—¡Diablo! eso me parece bastante curioso; ¿y se puede saber esa historia?

—No es ningun misterio; cualquiera aldeano os la contará.

—¿Y vos, la sabeis tambien?

—Me han arrullado con ella en la cuna, pero estas historias son buenas para nosotros que somos unos imbéciles, no sirven para vosotros que no las creéis.

—La prueba de que las creo es que habrá cinco francos para beber si me la contais.

—¿De veras?

—Ahi estan.

—¿Qué haceis de estas historias, que á tan buen precio pagais?

—¿Qué os importa?

—Al caso, eso me atañe.

—Pues señor, sabeis que el verdugo de Nuestro Señor habiendo sido llamado á Roma desde Jerusalem por el emperador Tiberio....

—No, yo no sabia eso.

—¡Bien! pues por eso os lo cuento.... Vien-